

Cortés cómo Pedro de Albarado y todos sus soldados teníamos muy buen recaudo, así en el batallar como en el velar; y aun el Sandoval, como me tenía por amigo, dijo á Cortés cómo me halló á mí y á otros soldados batallando en el agua á mas de la cinta defendiendo un bergantin que estaba zabordado en unas estacadas, é que si por nuestras personas no fuera, que mataran á todos los soldados y al capitán que dentro venia; é porque dijo de mi persona otras loas que yo aquí no tengo de decir, porque otras personas lo dijeron y se supo en todo el real, no quiero aquí recitallo; y cuando Cortés lo hubo bien entendido del buen recaudo que teníamos en nuestro real, con elló descansó su corazon, y desde allí adelante mandó á todos tres reales que no batallásemos poco ni mucho con los mejicanos; entiéndese que no curásemos de tomar ninguna puente ni albarrada, salvo defender nuestros reales no nos los rompiesen; porque de batallar con ellos, no había bien esclarecido el día antes, cuando estaban sobre nuestro real tirando muchas piedras con hondas, y varas y flecha, y diciéndonos muchos vituperios feos; y como teníamos junto á nuestro real una obra de agua muy ancha y honda, estuvimos cuatro días arreo que no la pasamos, y otro tanto se estuvo Cortés en el suyo, y Sandoval en el suyo; y esto de no salir á batallar y procurar de ganar las albarradas que habían tornado á abrir y hacer fuertes, era por causa que todos estábamos muy heridos y trabajados, así de velas como de las armas, y sin comer cosa de sustancia; y como faltaban del día antes sobre sesenta y tantos soldados de todos tres reales, y siete caballos, porque recibiéramos algun alivio y para tomar maduro consejo de lo que habíamos de hacer de allí adelante, mandó Cortés que estuviésemos quedos, como dicho tengo. Y de jallo hé aquí, y diré cómo y de qué manera peleábamos, y todo lo que en nuestro real pasó.

CAPITULO CLIII.

De la manera que peleábamos é se nos fueron todos los amigos á sus pueblos.

La manera que teníamos en todos tres reales de pelear es esta: que velábamos de noche todos los soldados juntos en las calzadas, y nuestros bergantines á nuestros lados, también en las calzadas, y los de á caballo rondando la mitad dellos en lo de Tacuba, adonde nos hacian pan y teníamos nuestro fardaje, y la otra mitad en las puentes y calzada, y muy de mañana aparejábamos los puños para pelear y batallar con los contrarios, que nos venian á entrar en nuestro real y procuraban de nos desbaratar; y otro tanto hacian en el real de Cortés y en el de Sandoval, y esto no fué sino cinco días, porque luego tomamos otra orden, lo cual diré adelante; y digamos cómo los mejicanos hacian cada día grandes sacrificios y fiestas en el cu mayor de Tatlulco, y tañian su maldito atambor y otras trompas y atabales y caracoles, y daban muchos gritos y alaridos, y tenian cada noche grandes luminarias de mucha leña encendida, y entonces sacrificaban de nuestros compañeros á sus malditos ídolos Huichilóbos y Tezcatepuca, y hablaban con ellos; y segun ellos decian, que en la mañana ó en aquella misma noche nos habían de matar.

Parece ser que, como sus ídolos son perversos y malos, por engañarlos para que no viniesen de paz, les hacian en creyente que á todos nosotros nos habían de matar, y á los tascaltecas y á todos los demás que fuesen en nuestra ayuda; y como nuestros amigos lo oían, teníanlo por muy cierto, porque nos vian desbaratados. Dejemos destas pláticas, que eran de sus malos ídolos; y digamos cómo en la mañana venian muchas capitánias juntas á nos cercar y dar guerra, y se remudaban de rato en rato, unos de unas divisas y señales, y venian otros de otras libreas; y entonces cuando estábamos peleando con ellos nos decian muchas palabras, diciéndonos de apocados y que no éramos buenos para cosa ninguna, ni para hacer casas ni maizales, y que no éramos sino para venilles á robar su ciudad, como gente mala que habíamos venido huyendo de nuestra tierra y de nuestro rey y señor; y esto decian por lo que Narvaez les había enviado á decir, que veníamos sin licencia de nuestro rey, como dicho tengo; y nos decian que de allí á ocho días no había de quedar ninguno de nosotros á vida, porque así se lo habían prometido la noche antes sus dioses; y desta manera nos decian otras cosas malas, y á la postre decian: «Mirá cuán malos y bellacos sois, que aun vuestras carnes son malas para comer, que amargan como las hieles, que no las podemos tragar de amargor;» y parece ser, como á aquellos días se habían hartado de nuestros soldados y compañeros, quiso nuestro Señor que les amargasen las carnes. Pues á nuestros amigos los tascaltecas, si muchos vituperios nos decian á nosotros, mas les decian á ellos, é que les ternian por esclavos para sacrificar y hacer sus sementeras, y tornar á edificar las casas que les habíamos derrocado, é que las habían de hacer de cal y canto labradas, que su Huichilóbos se lo había prometido; y diciendo esto, luego el bravo pelear, y se venian por unas casas derrocadas, y con las muchas canoas que tenían nos tomaban las espaldas, y aun nos tenían algunas veces atajados en las calzadas; y nuestro Señor Jesucristo nos sustentaba cada día, que nuestras fuerzas no bastaban; mas todavía les hacíamos volver muchos dellos heridos, y muchos quedaban muertos. Dejemos de hablar de los grandes combates que nos daban, y digamos cómo nuestros amigos los de Tlascala y de Cholula y Guaxocingo, y aun los de Tezcuco, acordaron de se ir á sus tierras, y sin lo saber Cortés ni Pedro de Albarado ni Sandoval, se fueron todos los mas; que no quedó en el real de Cortés sino este Suchel, que después que se bautizó se llamó don Carlos, y era hermano de don Fernando, señor de Tezcuco, y era muy esforzado hombre; y quedaron con él otros sus parientes y amigos, que serian hasta cuarenta; y en el real de Sandoval quedó otro cacique de Guaxocingo con obra de cincuenta hombres; y en nuestro real quedaron dos hijos de nuestro amigo don Lorenzo de Vargas, y el esforzado de Chichimecatecle con obra de ochenta tascaltecas, parientes y vasallos; y como nos hallamos solos y con tan pocos amigos, recibimos pena; y Cortés y Sandoval y cada uno en su real preguntaban á los amigos que les quedaban que por qué se habían ido de aquella manera los demás sus hermanos, y decian que, como vian que los mejicanos hablaban de noche con sus ídolos, é prome-

tian que nos habían de matar á nosotros y á ellos, que creian que debía de ser verdad, y del miedo se iban; y que lo que le daba mas crédito á ello era vernos á todos heridos y nos habían muerto á muchos de nosotros, é que dellos mismos faltaban mas de mil y ducientos, y que temieron no matasen á todos; y también porque Xicotenga el mozo, que mandó ahorcar Cortés en Tezcuco, siempre les decia que sabia por sus adivinanzas que á todos nos habían de matar, é que no había de quedar ninguno de nosotros á vista, y por esta causa se fueron. El puesto que Cortés en lo secreto sintió pesar dello, mas con rostro alegre les dijo que no tuviesen miedo, é que lo que aquellos mejicanos les decian que era mentira y por desmayarlos; y tantas palabras de prometimientos les dijo, y con palabras amorosas los esforzó á estar con él, y otro tanto dijimos al Chichimecatecle y á los dos Xicotengas. Y en aquestas pláticas que en aquella sazón decia Cortés á este Suchel, que ya he dicho que se dijo don Carlos, como era de suyo señor y esforzado, dijo á Cortés: «Señor Malinche, no recibas pena por no batallar cada día en tu real algunas veces, y otro tanto manda al Tonatio, que era Pedro de Albarado, que así lo llamaban, que se esté en el suyo, y Sandoval en Tepeaquilla, y con los bergantines anden cada día á quitar y defender que no les entren bastimentos ni agua, porque están aquí dentro en esta gran ciudad tantos mil xiquipiles de guerreros, que por fuerza, siendo tantos, se les ha de acabar el bastimento que tienen, y el agua que ahora heben es medio salobre, que toman de unos hoyos que tienen hechos, y como llueve de día y de noche, recogen el agua para beber y dello se sustentan; mas ¿qué pueden hacer si les quitas la comida y el agua, si no es mas que guerra la que ternán con la hambre y sed?» Como Cortés aquello entendió, le echó los brazos encima y le dió gracias por ello, con prometimientos que le daria pueblos; y aqueste consejo le habíamos puesto en plática muchos soldados á Cortés; mas somos de tal calidad, que no quisiéramos aguardar tanto tiempo, sino entralles luego la ciudad. Y cuando Cortés hubo bien considerado lo que nosotros también le habíamos dicho, y sus capitanes y soldados se lo decian, mandó á dos bergantines que fuesen á nuestro real y al de Sandoval á nos decir que estuviésemos otros tres días sin les ir entrando en la ciudad; y como en aquella sazón los mejicanos estaban vitoriosos, no osábamos enviar un bergantin solo, y por esta causa envió dos; y una cosa nos ayudó mucho, y es que ya osaban nuestros bergantines romper las estacadas que los mejicanos les habían hecho en la laguna para que zabordasen; y es desta manera: que remaban con gran fuerza, y para que mas furia trujesen tomaban de algo atrás, y si hacia algun viento, á todas velas, y con los remos muy mejor; y así, eran señores de la laguna y aun de muchas partes de las casas que estaban apartadas de la ciudad; y los mejicanos, como aquello vieron, se les quebró algo su braveza. Dejemos esto, y volvamos á nuestras batallas; y es que, aunque no teníamos amigos, comenzamos á cegar y á tajar la gran abertura que he dicho otras veces que estaba junto á nuestro real; con la primera capitánia que venia la rueda de acarrear adobes y madera y cegar lo poníamos muy por la obra y con

grandes trabajos, y las otras dos capitánias batallábamos. Ya he dicho otras veces que así lo teníamos concertado, y había de andar por rueda; y en cuatro días que todos trabajamos en ella la teníamos cegada y allanada; y otro tanto hacia Cortés en su real con el mismo concierto, y aun él en persona llevaba adobes y madera hasta que quedaban seguras las puentes y calzadas y aberturas, por tenello seguro al retraer; y Sandoval ni mas ni menos en el suyo, y en nuestros bergantines junto á nosotros, sin temer estacadas; y desta manera les fuimos entrando poco á poco. Volvamos á los grandes escuadrones que á la continua nos daban guerra, que muy bravosos y vitoriosos se venian á juntar pié con pié con nosotros, y de cuando en cuando, como se mudaban unos escuadrones, venian otros. Pues digamos el ruido y alarido que traian, y en aquel instante el resonido de la corneta de Guatemuz, y entonces apechugaban de tal arte con nosotros, que no nos aprovechaban cuchilladas ni estocadas que les dábamos, y nos venian á echar mano; y como, después de Dios, nuestro buen pelear nos había de valer, teníamos muy reciamente contra ellos, hasta que con las escopetas y ballestas y arremetidas de los de á caballo, que estaban á la continua con nosotros la mitad dellos, y con nuestros bergantines, que no temian ya las estacadas, les hacíamos estar á raya, y poco á poco les fuimos entrando; y desta manera batallábamos hasta cerca de la noche, que era hora de retraer. Pues ya que nos retraíamos, ya he dicho otras veces que había de ser con gran concierto, porque entonces procuraban de nos atajar en la calzada y pasos malos; y si de antes lo procuraban, en estos días, con la vitoria que habían alcanzado, lo ponian muy por la obra; y digo que por tres partes nos tenían tomados en medio en este día; mas quiso nuestro Señor Dios que, puesto que hirieron muchos de nosotros, nos tornamos á juntar, y matamos y prendimos muchos contrarios; y como no teníamos muchos soldados fuera de las calzadas, y los de á caballo nos ayudaban valientemente, puesto que en aquella refriega y combate les hirieron dos caballos, y volvimos á nuestro real bien heridos, donde nos curamos con aceite y apretar nuestras heridas con mantas, y comer nuestras tortillas con aji y yerbas y tunas, y luego puestos todos en la vela. Digamos ahora lo que los mejicanos hacian de noche en sus grandes y altos cues, y es que tañian su maldito atambor, que dije otra vez que era el de mas maldito sonido y mas triste que se podia inventar, y sonaba muy léjos, y tañian otros peores instrumentos. En fin, cosas diabólicas, y tenian grandes lumbres y daban grandísimos gritos y silbos, y en aquel instante estaban sacrificando de nuestros compañeros de los que tomaron á Cortés, que supimos que sacrificaron diez días arreo hasta que los acabaron, y el postrero dejaron á Cristóbal de Guzman, que vivo le tuvieron diez y ocho días, segun dijeron tres capitanes mejicanos que prendimos; y cuando les sacrificaban, entonces hablaba su Huichilóbos con ellos y les prometia vitoria é que habíamos de ser muertos á sus manos antes de ocho días, é que nos diesen buenas guerras aunque en ellas muriesen muchos; y desta manera les traian engañados. Dejemos ahora de sus sacrificios, y volvamos á decir que cuando otro día

amanecía ya estaban sobre nosotros todos los mayores poderes que Guatemuz podía juntar, y como teníamos cegada la abertura y calzada y puentes, ni sé ellos cómo la ponían en seco, tenían atrevimiento á venir hasta nuestros ranchos y tirar vara y piedra y flecha, si no fuera por los tiros con que siempre les hacíamos apartar, porque Pedro Moreno Medrano, que tenía cargo dellos, les hacía mucho daño; y quiero decir que nos tiraban saetas de las nuestras con ballestas, cuando tenían vivos á cinco ballesteros, y al Cristóbal de Guzman con ellos, y les hacían que les armasen las ballestas y les mostrasen cómo habían de tirar, y ellos y los mejicanos tiraban aquellos tiros y no nos hacían mal; y también batallaba reciamente Cortés y Sandoval, y les tiraban saetas con ballestas; y esto sabíamos por Sandoval y los bergantines que iban de nuestro real al de Cortés y del de Cortés al nuestro y al de Sandoval, y siempre nos escribía de la manera que habíamos de batallar y todo lo que habíamos de hacer, y encomendándonos la vela, y que siempre estuviesen la mitad de los de á caballo en Tacuba guardando el fardaje y las indias que nos hacían pan, y que parásemos mientes no rompiesen por nosotros una noche, porque unos prisioneros que en el real de Cortés se prendieron le dijeron que Guatemuz decía muchas veces que diesen en nuestro real de noche, pues no había tlascaltecas que nos ayudasen; porque bien sabían que se nos habían ido ya todos los amigos. Ya he dicho otra vez que poníamos gran diligencia en velar. Dejemos esto, y digamos que cada día teníamos muy recios rebatos, y no dejábamos de les ir ganando albarradas y puentes y aberturas de agua; y como nuestros bergantines osaban ir por do quiera de la laguna y no tenían á las estacadas, ayudábanos muy bien. Y digamos cómo siempre andaban dos bergantines de los que tenía Cortés en su real á dar caza á las canoas que metían agua y bastimentos, y cogían en la laguna uno como medio lama, que después de seco tenía un sabor como de queso, y traían en los bergantines muchos indios presos. Tornemos al real de Cortés y de Gonzalo de Sandoval, que cada día iban conquistando y ganando albarradas y puentes; y en aquestos trances y batallas se habían pasado, cuando en el desbarate de Cortés, doce ó trece días; y como este Suchel, hermano de don Hernando, señor de Tezcuco, vió que volvíamos muy de hecho en nosotros, y no era verdad lo que los mejicanos decían, que dentro de diez días nos habían de matar, porque así se lo había prometido su Huichilóbo, envió á decir á su hermano don Hernando que luego enviase á Cortés todo el poder de guerreros que pudiese sacar de Tezcuco, y vinieron dentro en dos días que él se lo envió á decir mas de dos mil hombres. Acuérdomeme que vinieron con ellos Pedro Sanchez Farfan y Antonio de Villarroel, marido que fué de la Ojeda, porque aquestos dos soldados había dejado Cortés en aquella ciudad, y el Pedro Sanchez Farfan era capitán y el Antonio Villarroel era ayo de don Fernando; y cuando Cortés vió tan buen socorro se holgó mucho y les dijo palabras halagüeñas, y asimismo en aquella sazón volvieron muchos tlascaltecas con sus capitanes, y venía por capitán dellos un cacique de Topeyanco que se decía Tecapanaca, y también vinieron otros muchos

indios de Guaxocingo y pocos de Cholula; y como Cortés supo que habían vuelto, mandó que todos fuesen á su real para les hablar, y primero que viniesen les mandó poner guardas en el camino para defendellos, por si saliesen mejicanos; y cuando parecieron delante, Cortés les hizo un parlamento con doña Marina y Jerónimo de Aguilar, y les dijo que bien habían creído y tenido por cierto la buena voluntad que siempre les ha tenido y tiene, así por haber servido á su majestad como por las buenas obras que dellos hemos recebido, y que si les mandó desde que venimos á aquella ciudad venir con nosotros á destruir á los mejicanos, que su intento fué porque se aprovechasen y volyiesen ricos á sus tierras y se vengasen de sus enemigos; que no para que por su sola mano hubiésemos de ganar aquella gran ciudad; y puesto que siempre les ha hallado buenos y en todo nos han ayudado, que bien habrán visto que cada día les mandábamos salir de las calzadas, porque nosotros estuviésemos mas desembarzados sin ellos para pelear, é que ya les habían dicho y amonestado otras veces que él que nos da vitoria y en todo nos ayuda es nuestro Señor Jesucristo, en quien creemos y adoramos; y porque se fueron al mejor tiempo de la guerra eran dignos de muerte, por dejar sus capitanes peleando y desinamparallos, é que porque ellos no saben nuestras leyes y ordenanzas, que es de perdonar; é que porque mejor lo entiendan, que mirasen que estando sin ellos íbamos derrocando casas y ganando albarradas; é que desde allí adelante les mandaba que no maten á ningunos mejicanos, porque les quiere tomar de paz. Y después que les hubo dicho este razonamiento, abrazó á Chichimecatecle y á los dos mancebos Xicotengas y á este Suchel hermano de don Hernando, y les prometió que les daría tierras y vasallos mas de los que tenían, teniéndoles en mucho á los que quedaron en nuestro real; y asimismo habló muy bien á Tecapaneca, señor de Topeyanco, y á los caciques de Guaxocingo y Cholula, que estaban en el real de Sandoval. Y como les hubo platicado lo que dicho tengo, cada uno se fué á su real. Dejemos desto, y volvámos á nuestras grandes guerras y combates que siempre teníamos y nos daban, y porque siempre de día y de noche no hacíamos sino batallar, y á las tardes al retraer siempre herían á muchos de nuestros soldados, dejaré de contar muy por extenso lo que pasaba; y quiero decir, como en aquellos días llovía en las tardes, que nos holgábamos que viniese el aguacero temprano, porque, como se mojaban los contrarios, no peleaban tan bravosamente y nos dejaban retraer en salvo, y desta manera teníamos descanso. Y porque ya estoy harto de escribir batallas, y mas cansado y herido estaba de me hallar en ellas, y á los lectores les parecerá prolijidad recitalas tantas veces, ya he dicho que no puede ser menos, porque en noventa y tres días siempre batallábamos á la continua; mas desde aquí adelante, si lo pudiese excusar, no lo traería tanto á la memoria en esta relacion. Volvámos á nuestro cuento: y como en todos tres reales les íbamos entrando en su ciudad, Cortés por la suya, y Sandoval también por su parte, y Pedro de Albarado por la nuestra, llegamos adonde tenían la fuente, que ya he dicho otra vez que bebían agua salobre; la cual quebramos y deshicimos

porque no se aprovechasen della, y estaban guardándola algunos mejicanos, y tuvimos buena refriega de vara y piedra y flecha, y muchas lanzas largas con que aguardaban á los de á caballo, porque por todas partes de las calles que les habíamos ganado andaban ya, porque ya estaba llano y sin agua y podían correr muy gentilmente. Dejemos de hablar desto, y digamos cómo Cortés envió á Guatemuz mensajeros rogándole con la paz, y fué de la manera que diré adelante.

CAPITULO CLIV.

Cómo Cortés envió á Guatemuz á rogalle que tengamos paz.

Después que Cortés vió que íbamos en la ciudad ganando muchas puentes y calzadas y albarradas y derrocando casas, como teníamos presos tres principales personas que eran capitanes de Méjico, les mandó que fuesen á hablar á Guatemuz para que tuviesen paces con nosotros; y los principales dijeron que no osaban ir con tal mensaje, porque su señor Guatemuz les mandaría matar. En fin de pláticas, tanto se lo rogó Cortés y con promesas que les hizo y mantas que les dió, que fueron, y lo que les mandó que dijese al Guatemuz es, que porque lo quiere bien, por ser deudo tan cercano del gran Montezuma, su amigo, y casado con su hija, y porque ha mancilla que aquella gran ciudad no se acabe de destruir, y por excusar la gran matanza que cada día hacíamos en sus vecinos y forasteros, que le ruega que venga de paz, y en nombre de su majestad les perdonará todas las muertes y daños que nos han hecho, y les hará muchas mercedes; é que tenga consideración que se lo ha enviado á decir tres ó cuatro veces, é que él por ser mancebo ó por sus consejeros, y la principal causa por sus malditos ídolos ó papas, que le aconsejan mal, no ha querido venir, sino darnos guerra; é pues que ya ha visto tantas muertes como en las batallas que nos dan les han sucedido, y que tenemos de nuestra parte todas las ciudades y pueblos de toda aquella comarca, y cada día nuevamente vienen mas contra ellos, que se compadezca de tal perdimiento de sus vasallos y ciudad. También les envió á decir que se les habían acabado los mantenimientos, é que ya Cortés lo sabía, é que también agua no la tenían; y les envió á decir otras palabras bien dichas, que los tres principales las entendieron muy bien por nuestras lenguas, y demandaron á Cortés una carta, y esta no porque la entendían, sino porque sabían claramente que cuando enviábamos alguna mensajería ó cosas que les mandábamos, era un papel de aquellos que llaman amales, señal como mandamiento. Y cuando los tres mensajeros parecieron ante su señor Guatemuz, con grandes lágrimas y sollozando le dijeron lo que Cortés les mandó; y el Guatemuz desde que lo oyó, y sus capitanes que juntamente con él estaban, pareció ser que al principio recibió pasión de que fuesen atrevidos aquellos capitanes de illes con tales embajadas; mas, como el Guatemuz era mancebo y muy gentil hombre, y de buena disposición y rostro alegre, y aun la color tenía algo mas que tiraba á blanco que á matiz de indios, que era de obra de veinte y tres años y era casado con una muy hermosa mujer, hija del gran Montezuma, su tío; y segun después alcanzamos á saber,

tenía voluntad de hacer paces, y para platicallo mandó juntar todos sus capitanes y principales y papas de los ídolos, y les dijo que tenía voluntad de no tener guerra con Malinche ni todos nosotros; y la plática que sobre ello les puso fué, que ya habían probado todo lo que se puede hacer sobre la guerra y mudado muchas maneras de pelear, y que somos de tal manera, que cuando pensaban que nos tenían vencidos, que entonces volvíamos muy mas reciamente sobre ellos; y que al presente sabía los grandes poderes de amigos que nuevamente nos habían venido, y que todas las ciudades eran contra ellos, y que ya los bergantines les habían roto sus estacadas, y que los caballos corrían á rienda suelta por las calles de su ciudad; y les puso por delante otras muchas desventuras que tenían sobre los mantenimientos y agua; que les rogaba y mandaba que cada uno dellos diese sobre ello su parecer, y los papas también dijese el suyo y lo que á sus dioses Huichilóbo y Tezcatepuca les han oído hablar, y que ninguno tuviese temor de hablar y decir la verdad de lo que sentía. Y segun pareció, le dijeron: «Señor y nuestro gran señor, ya tenemos á tí por nuestro rey y señor, y es muy bien empleado en tí el reinado, pues en todas tus cosas te has mostrado varon y te viene de derecho el reino. Las paces que dices, buenas son; mas mira y piensa en ello, que cuando estos teules entraron en estas tierras y en esta ciudad, cuál nos ha ido de mal en peor; mirad los servicios y dádivas que les hizo y dió nuestro señor, vuestro tío, el gran Montezuma, en qué paró. Pues vuestro primo Cacamatzin, rey de Tezcuco, por el consiguiente. Pues vuestros parientes los señores de Iztapalapa é Cuyoacoan y Tacuba y de Talatcingo, ¿qué se hicieron? Pues los hijos de nuestro gran señor Montezuma todos murieron. Pues oro y riquezas desta ciudad, todo se ha consumido. Pues ya ves que á todos tus súbditos y vasallos de Tepeaca y Chalco, y aun de Tezcuco, y aun de todas estas vuestras ciudades y pueblos, les ha hecho esclavos y señalando las caras. Mira primero lo que nuestros dioses te han prometido: toma buen consejo sobre ello, y no te fies de Malinche ni de sus palabras; que mas vale que todos muramos en esta ciudad peleando, que no vernos en poder de quien nos harán esclavos y nos atormentarán.» Y los papas en aquel tiempo le dijeron que sus dioses les habían prometido vitoria tres noches arreo cuando les sacrificaban; y entonces el Guatemuz, medio enojado, les dijo: «Pues así quereis que sea, guardad mucho el maíz y bastimentos que tenemos, y muramos todos peleando; y desde aquí adelante ninguno sea osado á me demandar paces, si no, yo le mataré;» y allí todos prometieron de pelear noches y días y morir en la defensa de su ciudad. Pues ya esto acabado, tuvieron trato con los de Suchimileco y otros pueblos que les metiesen agua en canoas de noche, y abrieron otras fuentes en partes que tenían agua, aunque salobre. Dejemos ya de hablar en este su concierto, y digamos de Cortés y de todos nosotros, que estuvimos dos días sin entralles en su ciudad esperando la respuesta, y cuando no nos catamos, vienen tantos escuadrones de guerreros mejicanos en todos tres reales y nos dan tan recia guerra, que como leones muy bravosos venían á encontrar con nosotros, que en todo su se-

so creyeron de llevarnos de vencida. Esto que digo fué por nuestra parte del real de Pedro de Albarado, que en lo de Cortés y Sandoval tambien dijeron que les habian llegado á sus reales, que no les podian defender, aunque mas les mataban y herian; y cuando peleaban tocaban la corneta de Guatemuz, y entonces habiamos de tener órden que no nos desbaratasen, porque ya he dicho otras veces que entonces se metian por las espadas y lanzas para nos echar mano; é como ya estábamos acostumbrados á los rencuentros, puesto que cada dia herian y mataban de nosotros, teniamos con ellos pié con pié, y desta manera pelearon seis ó siete dias arreo, y nosotros les matábamos y heriamos muchos dellos, y con todo esto no se les daba nada por morir. Acuérdomé que decian: «¿En qué se anda Malinche con nosotros, cada dia demandándonos paces? Que nuestros ídolos nos han prometido vitoria, y tenemos hartos bastimentos y agua, y á ninguno de vosotros hemos de dejar á vida; por eso no tornen á hablar sobre las paces, pues las palabras son para las mujeres y las armas para los hombres;» y diciendo esto, se vienen á nosotros como perros dañados, y hablando y peleando todo era uno, y hasta que la noche nos despartia estábamos peleando, y luego, como dicho tengo, al retraer con gran concierto, porque nos venian siguiendo con grandes capitánias y escuadrones dellos, y ecliábamos á los amigos fuera de la calzada, porque ya habian venido muchos mas que de antes, y nos volviámos á nuestras chozas, y luego ir y velar todos juntos, y en la vela cenábamos nuestra mala ventura, como dicho tengo otras veces, y bien de madrugada alto á pelear, porque no nos daban mas espacio; y desta manera estuvimos muchos dias; y estando desta manera tuvimos otro combate, y es que se juntaban de tres provincias, que se dicen Matalacingo y Malinalco, y otros pueblos que no se me acuerda de sus nombres, que estaban obra de ocho leguas de Méjico, para venir sobre nosotros, y mientras estuviésemos batallando con los mejicanos darnos en las espaldas y en nuestros reales, y que entonces saldrian los poderes mejicanos, y los unos por una parte y los otros por otra, tenian pensamientos de nos desbaratar; y porque hubo otras pláticas, lo que sobre ello se hizo diré adelante.

CAPITULO CLV.

Cómo fué Gonzalo de Sandoval contra las provincias que venian á ayudar á Guatemuz.

Y para que esto se entienda bien, es menester volver algo atrás á decir desde que á Cortés desbarataron y se llevaron á sacrificar sesenta y tantos soldados, y aun bien puedo decir sesenta y dos, porque tantos fueron después, que bien se contaron. Y tambien he dicho que Guatemuz envió las cabezas de los caballos y caras que habian desollado, y piés y manos de nuestros soldados que habian sacrificado, á muchos pueblos y á Matalacingo y Malinalco, y les envió á hacer saber que ya habia muerto la mitad de nuestras gentes, y que les rogaba que para que nos acabasen de matar, que le viniesen á ayudar, é que darian guerra en nuestros reales de dia y de noche, y que por fuerza habiamos de pelear con ellos por defenderse; é que cuando estuviésemos pe-

leando, saldrian ellos de Méjico y nos darian guerra por otra parte, de manera que nos vencerian, y tenian que sacrificar muchos de nosotros á sus ídolos, y harian hartazgo con nuestros cuerpos. De tal manera se lo envió á decir, que lo creyeron y tuvieron por cierto; y demás desto, en Matalacingo tenia el Guatemuz muchos parientes por parte de la madre, y como vieron las caras y cabezas que dicho tengo, y lo que les envió á decir, luego pusieron por la obra de se juntar con todos sus poderes que tenian, y de venir en socorro de Méjico y de su pariente Guatemuz, y venian ya de hecho contra nosotros, y por el camino por donde pasaron estaban tres pueblos, y les comenzaron á dar guerra y robaron las estancias, y robaron niños para sacrificar; los cuales pueblos enviaron á se lo hacer saber á Cortés para que les enviase ayuda y socorro; y como lo supo, de presto mandó á Andrés de Tapia, y con veinte de á caballo y cien soldados y muchos amigos les socorrió muy bien y les hizo retraer á sus pueblos, con mucho daño que les hizo, y se volvió al real; de que Cortés hubo mucho placer y contentamiento; y después desto, en aquel instante vinieron mensajeros de los pueblos de Cuernabaca á demandar socorro, que los mismos de Matalacingo, de Malinalco y otras provincias venian sobre ellos, é que enviase socorro; y para ello envió á Gonzalo de Sandoval con veinte de á caballo y ochenta soldados, los mas sanos que habia en todos tres reales, y muchos amigos; y sabe Dios cuáles quedábamos con gran riesgo de nuestras personas, porque todos los mas estábamos heridos muy malamente y no teniamos refrigerio ninguno. Y porque hay mucho que decir en lo que Sandoval hizo en el desbarate de los contrarios, se dejará de decir, mas de que se vino muy de presto por socorrer á su real, y trajo dos principales de Matalacingo consigo, y los dejó mas de paz que de guerra; y fué muy provechosa aquella entrada que hizo, lo uno por evitar que á muchos amigos no se les hiciese ni recibiesen mas daño, y lo otro porque no viniesen á nuestros reales, como venian de hecho, y porque viese Guatemuz y sus capitanes que no tenian ya ayuda ni favor de aquellas provincias; y tambien cuando con ellos estábamos peleando nos decian que nos habian de matar con ayuda de Matalacingo y de otras provincias, é que sus dioses se lo habian prometido así. Dejemos ya de decir de la ida y socorro que hizo Sandoval, y volvamos á decir de cómo Cortés envió á rogar á Guatemuz que viniese de paz é que le perdonaria todo lo pasado; y le envió á decir que el Rey nuestro señor le envió á decir ahora nuevamente que no le destruyese mas aquella ciudad y tierras, y que por esta causa los cinco dias pasados no le habia dado guerra ni entrado batallando; y que mire que ya no tienen bastimentos ni agua, y mas de las dos partes de su ciudad por el suelo, é que de los socorros que esperaba de Matalacingo, que se informe de aquellos dos principales que entonces les envió, é digan cómo les ha ido en su venida; y le envió á decir otras cosas de muchos ofrecimientos, que fueron con estos mensajeros los dos indios de Matalacingo, y le dijeron lo que habia pasado; y no les quiso responder cosa ninguna, sino solamente les mandó que se volviessen á sus pueblos, y luego les mandó salir de Méjico. De-

jemos á los mensajeros, que luego salieron, y los mejicanos por tres partes con la mayor furia que hasta allí habiamos visto, y se vienen á nosotros, y en todos tres reales nos dieron muy recia guerra; y puesto que les heriamos y matábamos muchos dellos, pareceme que deseaban morir peleando, y entonces cuando mas recios andaban con nosotros pié con pié peleando, nos decian: «Tenitoy Castilla, Tenitoy Ajaca;» que quiere decir en su lengua: «¿Qué dirá el rey de Castilla? ¿Qué dirá ahora?» Y con estas palabras tirar vara y piedra y flecha, que cubrian el suelo y calzada. Dejemos esto, que ya les íbamos ganando gran parte de la ciudad, y en ellos sentiamos que, puesto que peleaban muy como varones, no se remudaban ya tantos escuadrones como solian, ni abrian zanjas ni calzadas; mas otra cosa tenian muy cierta, que al tiempo que nos retraíamos nos venian siguiendo hasta nos echar mano; y tambien se nos habia acabado ya la pólvora en todos tres reales, y en aquel instante habia venido á la Villa-Rica un navío que era de una armada de un licenciado Lúcas Vazquez de Aillon, que se perdió y desbarató en las islas de la Florida, y el navío aportó á aquel puerto, como dicho tengo, y venian en él ciertos soldados y pólvora y ballestas y otras cosas; y el teniente que estaba en la Villa-Rica, que se decia Rodrigo Rangel, que tenia en guarda á Narvaez, envió luego á Cortés pólvora y ballestas y soldados. Y volvamos á nuestra conquista, por abreviar: que mandó y acordó Cortés con todos los demás capitanes y soldados que les entrásemos todo cuanto pudiésemos hasta legalles al Tatlulco, que es la plaza mayor, adonde estaban sus altos cues y adoratorios; y Cortés por su parte y Sandoval por la suya, y nosotros por la nuestra, les íbamos ganando puentes y albarradas, y Cortés les entró hasta una plazuela donde tenian otros adoratorios. En aquellos cues estaban unas vigas, y en ellas muchas cabezas de nuestros soldados que habian muerto y desbaratado en las batallas pasadas, y tenian los cabellos y barbas muy crecidas, mas que cuando eran vivos, y no lo habia yo creído si no lo viera desde tres dias, que como fuimos ganando por nuestra parte dos aberturas y puentes, tuvimos lugar de las ver, é yo conocia tres soldados mis compañeros; y cuando las vimos de aquella manera se nos saltaron las lágrimas de los ojos; y en aquella sazón se quedaron allí donde estaban, mas desde á doce dias se quitaron, y las pusimos aquellas y otras cabezas que tenian ofrecidas á otros ídolos, y las enterramos en una iglesia que se dice ahora los Mártires, que nosotros hicimos. Dejemos desto, y digamos cómo fuimos batallando por la parte de Pedro de Albarado y llegamos al Tatlulco, y habia tantos mejicanos en guarda de sus ídolos y altos cues, y tenian tantas albarradas, que estuvimos bien dos horas que no se lo pudimos tomar; y cómo podian ya correr caballos, puesto que les hirieron á los mas; mas nos ayudaron muy bien y alancearon muchos mejicanos; y como habia tantos contrarios en tres partes, fuimos las tres capitánias á batallar con ellos; y á la una capitania, que era de un Gutierrez de Badajoz, mandó Pedro de Albarado que subiese en el alto cu de Huichilobos, y peleó muy bien con los contrarios y muchos papas que en las casas de los adoratorios estaban, y de tal manera le daban guerra los contrarios,

HA-II.

que le hacian venir las gradas abajo; y luego Pedro de Albarado nos mandó que le fuésemos á socorrer y dejásemos el combate en que estábamos; é yendo que íbamos, nos siguieron los escuadrones con quien peleábamos, y todavía les subiamos sus gradas arriba. Aquí habia bien que decir en qué trabajo nos vimos los unos y los otros en ganalles aquellas fortalezas, que ya he dicho otras veces que eran muy altas; y en aquellas batallas nos tornaron á herir á todos muy malamente, y todavía les pusimos fuego á los ídolos, y levantamos nuestras banderas, y estuvimos batallando en lo llano, después de le haber puesto fuego, hasta la noche, que no nos podiamos valer de tanto guerrero. Dejemos de hablar en ello, y digamos que como Cortés y sus capitanes vieron en aquella sazón desde sus barrios y calles en sus partes léjos del alto cu, y las llamaradas en que el cu mayor ardía, y nuestras banderas encima, se holgó mucho, y se quisieran hallar en él; mas no podian, porque habia un cuarto de legua de la una parte á la otra, y tenian muchas puentes y aberturas de agua por ganar, y por donde andaba le daban recia guerra, y no podian entrar tan presto como quisieran en el cuerpo de la ciudad; mas dende á cuatro dias se juntó con nosotros, así Cortés como Sandoval, é podiamos ir desde un real á otro por las calles y casas derrocadas y puentes y albarradas deshechas y aberturas de agua todo ciego; y en este instante se iban retrayendo Guatemuz con todos sus guerreros en una parte de la ciudad dentro de la laguna, porque las casas y palacios en que vivia ya estaban por el suelo; y con todo esto, no dejaban cada dia de salir á nos dar guerra, y al tiempo de retraer nos iban siguiendo muy mejor que de antes; é viendo esto Cortés, que se pasaban muchos dias, y no venian de paz ni tal pensamiento tenian, acordó con todos nuestros capitanes que les echásemos celadas; y fué desta manera: que de todos tres reales se juntaron hasta treinta de á caballo y cien soldados los mas sueltos y guerreros que conocia Cortés, y envió á llamar de todos tres reales mil tlascaltecas, y nos metimos en unas casas grandes que habian sido de un señor de Méjico, y esto fué muy de mañana, y Cortés iba entrando con los demás de á caballo que le quedaban, y sus soldados y ballesteros y escopeteros por las calles y calzadas como solía; y ya llegaba Cortés á una abertura y puente de agua, y entonces estaban peleando con los escuadrones de mejicanos que para ello estaban aparejados, y aun muchos mas que Guatemuz enviaba para guardar la puente; y como Cortés vió que habia gran número de contrarios, hizo que se retraia y mandaba echar los amigos fuera de la calzada, porque creyesen que de hecho se iban retrayendo; y le iban siguiendo al principio poco á poco, y cuando vieron que de hecho hacia que iba huyendo, van tras él todos los poderes que en aquella calzada le daban guerra; y como Cortés vió que habia pasado algo adelante de las casas adonde estaba la celada, tiraron dos tiros juntos, que era señal de cuándo habiamos de salir de la celada, y salen los de á caballo primero, y salimos todos los soldados y dimos en ellos á placer; pues luego volvió Cortés con los suyos y nuestros amigos los tlascaltecas, é hicieron gran matanza. Por manera que se hirieron y mataron muchos, y desde allí adelante no

13